



Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,

Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,

conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

IX. María y la Eucaristía

1. María es Madre en la Eucaristía
2. Recibir la Eucaristía de María
3. María nos da de comer
4. Sacramento del amor para el combate cristiano
5. Preguntas

Fue celebrando misa de Nuestra Señora, el 15 de febrero de 1544 cuando san Ignacio de Loyola anotó en su Diario espiritual unas palabras misteriosas y reveladoras. Cuenta telegráficamente el Santo que ese día (como tantos otros) durante la misa tuvo intensas lágrimas y sollozos, perdiendo muchas veces el habla por la consolución divina. Y que veía a “nuestra Señora mucho propicia delante del Padre”, de suerte que al consagrar comenzó a

sentir con fuerza y a ver que María era “*parte o puerta de tanta gracia*” y que el cuerpo consagrado era “*carne de la de su Hijo*”. En la Eucaristía, san Ignacio descubre a Nuestra Señora. Nosotros podemos también preguntarnos, ¿tiene algo que ver mi piedad eucarística con mi devoción a María? ¿Cómo nos enseña y ayuda la Virgen a preparar como familia y recibir con fruto la Eucaristía? ¿Hay una relación real o solo impostada entre estas dos cosas?

1. María es Madre en la Eucaristía

La Eucaristía construye la familia. Dice San Pablo: “Porque uno solo es el pan, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos del mismo pan” (1 Cor 10,17). Este texto es impresionante porque pone de manifiesto que la unidad de la Iglesia, la unidad de la familia cristiana, proviene de que comemos el mismo pan. La Eucaristía es la Fuente. No es solo un signo que expresa nuestra unión. No es solo un gesto solidario que nos úna como pueblo. La Eucaristía es la Presencia viva del Amigo, de Cristo que *crea el “nosotros”*, que nos hace “unánimes” y “concordes”.

Pues bien, en la Eucaristía se nos revela precisamente la plena maternidad de María. Ella es “parte” irrenunciable de este misterio. Fijémonos que en todos los misterios marianos hay siempre una *tonalidad eucarística*: el pesebre de Belén es el primer altar; la presentación del Niño en el templo de Jerusalén es el primer ofertorio; las bodas de Caná son ya anuncio del vino de la Eucaristía, la sangre derramada por nuestra salvación.

Pero particularmente, hay dos misterios de la vida de María que tienen relación más estrecha con la Eucaristía. En *primer lugar*, la Encarnación, por la que ella se convierte en el primer Sagrario de la humanidad. Enseguida, por eso, camino de Ain Karem, María es el “Arca de la Nueva Alianza”. En *segundo lugar*, su presencia al pie de la Cruz, donde el discípulo la recibe como madre. Ella seguirá estando íntimamente unida al misterio de la cruz, que se prolonga en el sacrificio de la misa. En realidad, los dos son misterios de “maternidad”, porque María también engendra al pie de la cruz (con dolor) y se convierte en madre de muchos hijos.

María es Madre en la Eucaristía. Con razón reza la hermosa oración del *Akathistós*: “Salve, nos diste el Maná verdadero; Salve, nos sirves Manjar de delicias”... y un poco más tarde: “Salve, oh Vida del Sacro Banquete”. Ella nos ha liberado de “bárbaros ritos” para mostrarnos a Cristo, “el Señor y el Amigo”.

Por eso, María, como Madre, es quien mejor nos puede disponer para participar con fruto en la Eucaristía. ¡No se puede ir de cualquier manera a recibir el Cuerpo de Cristo! Tampoco valen las excusas manidas de que la vida familiar es muy complicada y que los horarios dependen de los hijos... La pregunta es, ¿cómo nos educamos y educamos en la

familia para recibir dignamente al Señor? Una pista la tenemos en María y en su actitud de “acogida”, de “dar vueltas en el corazón” a los dones y los misterios de Dios.

Entonces, ¿cómo nos disponemos a participar en este misterio? En las sacristías hay ocasionalmente un letrero que recuerda al sacerdote: “Celebra esta eucaristía como si fuera la primera, la última, la única”. Valdría, *mutatis mutandis*, también para la familia. Es bueno que los niños vayan bien vestidos a la misa dominical (también los mayores). Es una cierta preparación exterior. Es bueno asimismo el esfuerzo por llegar puntuales.

Aplicándonos a la devoción mariana, puede ayudar esa costumbre, popular en muchas parroquias, de rezar el rosario antes de la misa. Algún susceptible pensará que no es un modo muy adecuado de prepararse, que sería mejor rezarle directamente oraciones a Jesús. A este le recomiendo que lea lo que dice San Luis María Grignion de Montfort sobre el “devoto crítico” en su *Tratado sobre la verdadera devoción a la Virgen María*. Un misterio del rosario antes de la salida de casa o en el coche, camino de la iglesia, puede ser una preparación óptima del corazón de la familia para el misterio eucarístico; pero, en fin, también valdría la lectura de las lecturas de la misa u otras formas de devoción que nos dispongan.

2. Recibir la Eucaristía en María

En la Eucaristía se nos abre el espacio simbólico del cuerpo de Cristo. Entramos, como por el costado, en su Cuerpo. Por eso “vivir como Él ha vivido” es parte esencial de este misterio. No se puede comulgar sin compartir el “modo de vida” cristiano. No se puede participar en la Eucaristía si no se participa en la misma forma de vivir de Cristo. San Pablo dice también que “quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condena” (1 Cor 11,29). Es probable que la expresión “discernir el Cuerpo” no se refiera solo a la presencia real de Cristo en la Eucaristía, sino también a la pertenencia real del cristiano al cuerpo de la Iglesia. Quien vive, por ejemplo, en una situación que contradice públicamente el modo cristiano de vivir el sacramento del matrimonio, no debe acercarse a la Eucaristía. Tenemos también que ayudarnos a entender que aquí no estamos solo ante una “norma” de la Iglesia, sino ante un elemento clave de la lógica sacramental. Quien dice “Amén” al Cuerpo de Cristo, debe decir “Amén” al modo de vida en Cristo.

Aquí también nos ayuda María. Porque ella constituye el “ambiente” adecuado para recibir el cuerpo de Cristo. El “ambiente” propio de la misa es, de una parte, el de un “memorial” y María es quien mejor nos enseña a “recordar”, porque ella daba vueltas en su corazón (Lc 2,19). Pero el clima de la eucaristía es también el de una “promesa” de vida eterna, pues en la Eucaristía se nos anticipa la eternidad. Y María, que es ya anticipo del gozo eterno, nos enseña mejor que nadie a recibir el Cuerpo de Cristo como “prenda de vida eterna”.

No es fácil “entrar en misa”, introducirse en el misterio. A veces llegamos justos, con ruidos en la cabeza, tal vez con una regañina reciente por las prisas de la salida de casa. ¿Cómo entramos en misa? Por la “puerta”, claro; es decir, por María. Los antiguos gustaban de representar en las puertas de las iglesias el misterio de la Anunciación. Era un modo de decirle al fiel: María es la puerta, ella te permite entrar en este misterio. Abrir la puerta de la iglesia es cerrar otras puertas que tenemos entreabiertas: apagar los móviles (lo hacemos cuando vamos a un espectáculo, ¡cuánto más en misa!), dejar de hablar, centrar la mirada en el Señor, levantar el corazón, *sursum corda!*

María es el ambiente en el que podemos vivir bien la misa. La liturgia la menciona explícitamente en el canon: “En comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo de la gloriosa siempre Virgen María...”. Pero, en realidad, ella está en cada gesto y en cada palabra de la Eucaristía porque ella es el mismo Cenáculo. En efecto, en los Hechos de los Apóstoles (1,14), se nos dice que el Cenáculo (la estancia superior) era donde perseveraban los apóstoles “unánimes con María, la Madre de Jesús”. Podríamos decir que *María misma era ese Cenáculo*.

3. María nos da de comer

La Eucaristía alimenta el cuerpo, es el sacramento del cuerpo. Nuestra paternidad, maternidad, fraternidad, nuestra filiación y sponsalidad, todas esas relaciones que tejen la vida en la carne, se alimentan de la Eucaristía. Nuestra vida afectiva, miedos, esperanzas o alegrías, tienen que ver estrechamente con la Eucaristía. Por eso, podemos rezar “modela nuestros afectos” contemplando a Jesús en la Eucaristía, en la exposición del Santísimo.

La Eucaristía es el alimento del cuerpo. Pero sabemos bien que la mujer es siempre la que mejor sabe dar de comer. Sí, es cierto que Eva no le dio buen fruto a Adán, le ofreció un alimento que le causó la muerte. Pero María, la nueva Eva, nos prepara el manjar de Vida eterna. El libro de los Proverbios nos dice también que la Sabiduría femenina “ha mezclado su vino, hasta ha preparado una mesa” (Prov 9,2). La tradición cristiana aplicó esta frase del Antiguo Testamento a la Virgen María (como la mujer Sabia) y también la aplicó a la Eucaristía. María nos prepara para el banquete y dispone también, ella misma, todo para el banquete. También la mujer del Cantar de los cantares invita al amado diciéndole: “Entre mi amado en su huerto y coma sus frutos exquisitos” (Ct 4,16). La mujer es la que sabe cómo preparar bien el alimento. María es esa mujer sabia que todo lo adereza con Sabiduría, que nos da el alimento de vida eterna, nos entrega a su Hijo.

La reina Ester también preparó un banquete. Nos cuenta su libro que esta hermosa israelita, para convencer finalmente al gran soberano persa y salvar con ello al pueblo de Israel, organizó un festín. E invitó al rey (ver Est 5,8). Y mientras comían y bebían hizo su petición y la cosa se resolvió graciosamente (para el pueblo de Israel, no tanto para el

malvado Amán). María prepara también el banquete. Ella es la nueva Ester que, con sabiduría, dispone todo con arte. Prepara el corazón del fiel y el del sacerdote. Ordena a la comunidad. Genera el ambiente “femenino”, hecho de mil pequeños detalles, para recibir el cuerpo de su Hijo.

María nos acerca al manjar y lo condimenta. Pero pide también nuestra colaboración. Preparar el “ambiente” adecuado para la Eucaristía no es cosa fácil. Hay distracciones y ruidos. Ayuda precisamente el silencio de María, la actitud propiamente mariana que antes hemos citado.

4. Sacramento del amor para el combate cristiano

En la Eucaristía nos hacemos “un solo cuerpo”. “Vosotros sois el cuerpo de Cristo”, dice san Pablo en 1 Cor 12,27, en un contexto marcadamente eucarístico. Precisamente porque nos hace “uno” con Cristo, la Eucaristía es *el sacramento del Amor*. Si seguimos leyendo a San Pablo en la Primera Carta a los Corintios, veremos que tras esta afirmación de 1 Cor 12,27 viene el “Himno a la caridad” de 1 Cor 13. Es un texto, que muchos de vosotros recordáis por el día de vuestra boda: “El amor es paciente, es amable; el amor no es envidioso, no es jactancioso, no se engríe...”. Es un texto que brota de la misma fuente eucarística, que nace del cuerpo que se entrega por vosotros (1 Cor 11,24). Lo leísteis el día de vuestra boda para que nunca olvidarais que vuestra unión brota de la Eucaristía.

Aprender a amar no es fácil, sin embargo. Por eso la Eucaristía nos prepara también para el combate cristiano. La Eucaristía es también el “pan de los Fuertes”. Esta expresión viene del Sal 78,25. La traducción griega de la Biblia y la Vulgata latina interpretaron este versículo del Salmo leyendo “el hombre comió *pan de ángeles*”. Y se aplicó frecuentemente a la Eucaristía. El hebreo dice, muy a la letra: “el hombre comió pan de Fuertes” (tal vez también en referencia a los ángeles). En todo caso, la Eucaristía es un manjar que fortalece para el camino cristiano. Sin Eucaristía, no podemos caminar. Elías, peregrinando hacia el Horeb, necesitó el pan que le dio el ángel para llegar a su destino (cf. 1 Re 19,6-8). ¿Somos conscientes de que tenemos necesidad de Eucaristía? ¿O la vivimos simplemente como una obligación? Ella es el “pan de Fuertes”.

Terminamos con la alusión a una mujer que nos devuelve a María. Se trata de Judit. Cuando esta hermosa israelita (todas las israelitas famosas lo eran) se preparaba para la lucha con Holofernes, durante los tres días que estuvo en el campamento enemigo, comía de los alimentos puros que ella había traído de Betulia. Eran, entre otros, un ánfora de vino y unos panes puros (Jud 10,5). Preludio de la Eucaristía que permitió a Judit asestar el golpe en la cabeza de la serpiente. Necesitamos también la Eucaristía para el combate cristiano. María, la mujer fuerte, en el Cenáculo, nos enseña también a comulgar, a fortalecernos en la mesa del Cuerpo y en la mesa de la Palabra, a comer el pan de ángeles.

5. Preguntas

Preguntas para el diálogo conyugal:

1. ¿Cómo nos preparamos juntos para la misa dominical? ¿Tenemos prácticas establecidas? ¿Queremos generarlas?
2. ¿Cómo se hace presente que nuestra familia vive de la Eucaristía? Además de la misa dominical, ¿tenemos algún momento eucarístico? ¿Lo vivimos de alguna otra manera? ¿Educamos también a nuestros hijos en ello?
3. ¿Es la Eucaristía una obligación más, un rito religioso o hemos generado formas de vivirla de verdad, como un regalo? ¿Nos ayudamos a generar una mirada buena hacia ella?

Preguntas para la reunión

1. ¿Qué significa para nuestra misa dominical en familia la presencia de María? ¿Cómo nos preparamos (¿nos preparamos?) para la Eucaristía junto a nuestra Madre? ¿Qué significa que ella es “parte” y “puerta” de este misterio?
2. ¿Es Familias de Betania un ambiente eucarístico? ¿Es un Cenáculo donde las familias viven de la Eucaristía y salen en misión desde la Eucaristía? ¿Qué nos ayudaría para transformar Familias de Betania en un Cenáculo?
3. ¿Qué dificultades encontramos hoy para entender y hacer entender el vínculo entre “recibir la Eucaristía” y “vivir según el modo de vida cristiano”? ¿Es la Eucaristía un derecho? ¿Qué significa decir “Amén” al Cuerpo de Cristo?